

## **(Re)volver (a) la ciudad: recuperar la convivencia y la confianza**

*Julio Alguacil Gómez. Profesor de Sociología  
en la Universidad Carlos III de Madrid*

En las últimas décadas, los cambios sociales se producen a una velocidad de vértigo y apenas tenemos capacidad para adaptarnos, y menos para orientarlos. Uno de los síntomas de esta huida hacia adelante es el desbocado proceso de urbanización. Ya más de la mitad de la población mundial vive en ciudades y las estimaciones apuntan que, para mediados de siglo, en torno a un 80% de la población mundial vivirá en ciudades de más de 20.000 habitantes. En las 36 megaciudades que superan los 8 millones de habitantes habitan ya más de 500 millones de personas, cifra que se dispara hacia los 1.500 millones si consideramos a las más de 350 ciudades que ya superan el millón de habitantes. Tan solo Tokio, con sus 34 millones, o México DF, con sus 22 millones, tienen más población que la mayoría de los países del mundo.

Ahora bien, ¿podemos admitir que estas megaurbes son ciudades? Considerando el concepto de ciudad en su sentido etimológico, deberíamos responder que no. Ya desde las reflexiones de la Escuela de Chicago, la densidad, la variedad y el tamaño se establecían como las dimensiones que definían la física social de una ciudad, es decir, una cantidad de sujetos y pautas de actividad (económicas, sociales, culturales, políticas...) que en su interacción sinérgica potenciaban la satisfacción de las nece-



sidades humanas. La ciudad, en este sentido, es el más maravilloso satisfactor de las necesidades humanas (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, creación, recreo, identidad y libertad)<sup>1</sup>. Si bien, consideradas en su conjunto o aisladamente, estas necesidades universales cada vez son más difíciles de satisfacer adecuadamente en las grandes ciudades, ya que el modelo que surge y se desarrolla tras la revolución industrial y la continuada mercantilización desborda los atributos propios de la ciudad.

Decía Aristóteles que "Se entiende necesariamente formada la ciudad en el momento mismo en que la masa políticamente asociada puede proveer a todas las necesidades de su existencia. Más allá de este límite, la ciudad puede aún existir en más vasta escala, pero esta progresión, lo repito, tiene sus límites". Así, cuando la urbanización excede a lo urbano perdiendo su escala humana, las ciudades se desdensifican extendiéndose como una mancha de aceite por el territorio, haciéndose inabarcables, difíciles de percibir en su totalidad e insostenibles

1. Max-Neef, M.; Elizalde, A. et al. (1986): *Desarrollo a escala humana –una opción para el futuro–*. Development Dialogue, número especial. Uppsala, CEA-PAUR y Fundación Dag Hammarskjöld.

ambientalmente, al distanciar unos espacios de otros. La ciudad deja de ser accesible y sólo podrán abarcarla, transitarla y vivirla en su totalidad los que tienen recursos privados de movimiento. Simultáneamente, el modelo urbano funcionalista apuesta por la zonificación de las funciones urbanas, separando espacios de residencia, de trabajo, de consumo... y segregando también a los grupos, clases y subclases según sus atributos diferenciales de renta, de cultura, de etnia... La ciudad industrial, primero, y después la ciudad postindustrial, que separa espacios y grupos sociales, no lo hace de forma inocente, ya que busca, entre otras cosas, la ocultación del conflicto y de los "conflictivos"; el aislamiento, la separación, la segregación de los conflictivos es la forma de no reconocer la desigualdad, es la forma de ocultar el conflicto y, con ello, de acabar con la convivencia y con la democracia. No es ciudad, no es lugar, no hay convivencia, no es posible la democracia donde se produce la agorafobia (el miedo-rechazo al espacio público), la aporafobia (el miedo-rechazo a los pobres) y la xenofobia (el miedo-rechazo a los diferentes).

Una de las comprobaciones que podemos reseñar es que estas grandes ciudades son espacios crecientemente problematizados, en ellas se concentra cada vez más la pobreza y la

*Fiestas en Córdoba y Casares, Málaga*  
*Fotos de Rafaela Rodríguez*



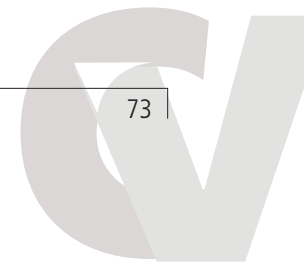
población excluida, y se evidencia la desigualdad social como nunca antes, son el origen del cambio climático y de la insostenibilidad ambiental, en ellas se constatan las mayores tasas de suicidios y enfermedades mentales, en ellas la soledad y la anomia atormentan a millones de personas y, también, en ellas los síntomas de violencia urbana son crecientes. Aun así, nos sigue fascinando en el contexto de una "sociedad de consumo dirigido", como ya apuntara Henri Lefebvre. ¿Es esto realmente la muerte de la ciudad, anunciada por los sociólogos urbanos en la década de los 60, como el propio Lefebvre o Jane Jacobs?

No podemos acostumbrarnos a la violencia urbana, a la muerte de la ciudad, aunque el día a día nos muestra síntomas de este fenómeno que tiene tantas aristas, sea doméstica, entre personas de origen cultural diferente, entre tribus urbanas... ¿Qué factores intervienen?, no hay una respuesta simple, ni única. Al menos son tres los factores que, retroalimentándose entre sí, provocan la mengua de los derechos, la muerte de la ciudad, de la convivencia: la segregación, la anomia y la exclusión. La primera, la segregación social, física y económica de las redes, clases, subclases, culturas... genera desconfianza y miedo al otro. Emergen los barrios gueto y los barrios bunker, las comunidades



cerradas, que se construyen como espacios a defender y levantan barreras a la democracia destruyendo el espacio público y el derecho a circular, a estar, a encontrarse, a comunicar... La pérdida de variedad y frecuentación le debilita, ya que su uso, bajo el miedo, no puede ser sin la alteridad, sin el encuentro y sin el diálogo.

Por su lado, la anomia, el desajuste que se produce en la coexistencia de viejas normas con nuevos valores en los rápidos cambios sociales, hace que se pierdan las referencias de lo moralmente válido. Así se explica, en gran medida, la violencia de género (dependencia/autonomía de las mujeres), pero también la violencia entre redes, que en la competitividad por el territorio





*Pedagogía del hábitat. Mural: Un barrio, muchos mundos*

*Pag. siguiente: Mercadillo en Almanjáyar. Granada  
Foto de Rafaela Rodríguez*

y los servicios chocan. Los vertiginosos cambios sociales (por ejemplo, en las grandes ciudades españolas se ha incrementado la inmigración en cerca de un 300% en lo que llevamos de siglo) producen una inadaptación que hace que las identidades se construyan negativamente, en contra de los otros, y no gracias a la referencia y contacto con los otros.

Respecto a la exclusión, el problema no es sólo de desigualdad entre la parte alta y baja de la escala social, sino en las distancias, entre los que participan en su dinámica y los que quedan fuera del sistema (los "sin": papeles, techo, trabajo, familia, representación política, formación...). Se produce una merma en el bienestar para determinados sectores que encuentran dificultades de acceso a un trabajo digno, a un alojamiento adecuado, a la educación, a la salud, al ocio, al consumo, a la participación social y política, a la calidad ambiental, etc.

Para hacer soportables y viables estas situaciones se invisibiliza a los pobres, a los diferentes, a los vulnerables... se les expulsa de la ciudad de primera velocidad, hacia sus márgenes, y, paradójicamente, a la misma vez se les vigila con cientos de cámaras y guardias de seguridad comprometiendo la libertad y la intimidad individual. "La ciudad vigilada" es la ciudad

que promueve la desconfianza hacia el otro, donde se oculta el conflicto y, en consecuencia, el diálogo, el pacto, el consenso, la negociación, y así las personas pierden sus derechos más fundamentales. Una ciudad así no es ciudad, hay que repensarla, precisamente, desde el punto de vista de los invisibilizados. Humanizar de nuevo la ciudad requiere reconstruirla desde la mirada de los que tienen más dificultades para vivir el hecho metropolitano. La ciudad es pensada actualmente desde el perfil de hombre blanco de nivel de renta elevado que aplica estrategias de defensa de sus privilegios. Hay que (re)volver (a) la ciudad desde la mirada de la mujeres, de los niños, de los mayores, de los discapacitados, de las minorías, de los vulnerables... esas miradas son las que pueden proclamar el "derecho a la ciudad", a la ciudad de la mezcla, de la proximidad, de la accesibilidad, de la solidaridad, de la sostenibilidad, de la democracia...

Hay que recuperar la ciudad, y los derechos de ciudadanía. Hay que recuperar la convivencia y las experiencias del compartir. Recuperar la ciudad requiere la reconstrucción de unidades urbanas con identidad propia, descentralizadas y complejas internamente, con autonomía política, densidad, variedad y a una escala apro-

piable, humana. Cualquiera tiene derecho en su barrio a tener empleo, equipamientos, espacios públicos, elementos monumentales, elementos de centralidad, de singularidad, etc. como cualquier ciudad. Es necesario, por tanto, descomponer las grandes conurbaciones en múltiples ciudades integradas internamente e interconectadas externamente, potenciando la ciudad de "los lugares" (de la accesibilidad) frente a la ciudad de "los flujos" (de la movilidad).

Una ciudad segura es una ciudad cuyos espacios públicos son reocupados, son transitados, son compartidos, son construidos socialmente, a la medida que la gente necesita. La ciudad a escala humana significa recrear la máxima complejidad accesible, es decir, lo suficientemente grande como para mantener el anonimato y la variedad de relaciones, pero, a la vez, lo suficientemente pequeña como para mantener una red social densa (en el espacio), intensa (significativa) y continua (perdurable y sostenible en el tiempo), en contraposición al efecto metropolitano donde se produce lo contrario: o se tiene exceso de estímulos relacionales en un territorio extenso que hace que los vínculos sean más débiles y las relaciones más esporádicas y efímeras o, por el contrario, se sufre el aislamiento y la soledad. La libertad individual

y la identidad colectiva no deben ser inconciliables, la libertad de elección precisa de variedad de opciones compatibles y sinérgicas. Para que esto sea posible, es imprescindible eliminar las barreras y reconstruir fronteras simbólicas y porosas que permitan la continuidad y la diferenciación de espacios, sin que nadie pueda sentirse segregado o descolocado en cualquier barrio de la ciudad y todos puedan percibir cuál es su "lugar", cuál es su barrio.

El barrio es la unidad básica para reconstruir la ciudad. La revalorización y reconocimiento del barrio en la teoría urbanística viene a ser considerada como una escala adecuada para resolver los múltiples, graves y crecientes problemas de las grandes ciudades. Al respecto, la Agenda Hábitat, en su afán de promover la ciudadanía, expresa que "el barrio es una escala fundamental para el análisis de los problemas económicos sociales, urbanos o ambientales de las ciudades, que pone en contacto las políticas con la realidad social, y facilita la definición de soluciones y la instrumentación en forma interactiva con los agentes sociales locales"<sup>2</sup>.

Si bien, para reorientar el modelo metropolitano, los barrios tienen que ser equiparables a una ciudad, con toda la variedad y con todos los recursos propios de ésta. El modelo urbano teórico es una propuesta que podemos concretar tal y como se conceptualiza en *La ciudad de los ciudadanos*<sup>3</sup>, el barrio-ciudad: lo consideramos como el primer escalón urbano con capacidad



de sostener la complejidad y variedad propia de la ciudad histórica, permite albergar diversos estratos y distintas formas de vida y culturas. Es decir, es el modelo urbano que puede acoger la máxima complejidad asequible y permite el acceso a lo heterogéneo y a la responsabilidad social, teniendo capacidad para generar recursos propios. Suele coincidir con el ámbito de actuación de las asociaciones y debe contener las dotaciones necesarias para el desarrollo de sus poblaciones, incluido algún equipamiento de rango ciudad que suponga un foco de atracción e identidad para el conjunto de los ciudadanos. La disposición de los espacios públicos, arracimados unos a otros, con sendas que les hacen accesibles, es lo que hace posible la vertebración de un barrio-ciudad, es lo que hace posible la ciudad misma, como entidad y con identidad propia. Los entramados de los espacios públicos, sean abiertos o edificios, deben estar asociados entre sí, de modo que el sentido que obtiene cada espacio público viene dado por la relación con los demás, y deben estar concebidos y dispuestos de tal modo que no sea necesario ir a ellos exclusivamente, sino que te los encuentras

en los trayectos cotidianos de la vida de barrio. Con un tamaño de población (no más de 50.000 habitantes y no menos de 20.000), el barrio-ciudad obtendría capacidad de sostener la variedad de las diversas estructuras solapadas (demográficas, sociales, inmobiliarias, de actividades económicas, etc.) y abarcarse peatonalmente, en él el ciudadano es capaz de generar sentimientos de identidad y arraigo, de controlar el territorio, de acceder a las habilidades políticas y sociales; y se puede, así, identificar con su territorio, estableciendo un equilibrio entre máxima libertad individual sin comprometer por ello la responsabilidad colectiva.

En conclusión, recobrar la convivencia y la confianza precisa recrear cien ciudades en la megarbe y, también, la reconquista del espacio público como espacio relacional y polivalente, como espacio para la expresión y creatividad ciudadanas, como espacio con capacidad para reordenar la conectividad y la accesibilidad entre las funciones urbanas y como espacio con capacidad para motivar el acceso a la movilización y a la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos.

2. Agenda Hábitat España: *Contribución de las ciudades al desarrollo sostenible*. Conferencia de Naciones Unidas sobre asentamientos humanos. Hábitat II. Primer documento de trabajo. Estambul, febrero de 1996. Madrid, MOPTMA, Dirección General de Actuaciones Concertadas en las Ciudades (pp. 71-72).

3. Hernández Aja, A.; Alguacil, J.; Medina, M. y Moreno, C. (1997): *La ciudad de los ciudadanos*. Madrid, Ministerio de Fomento.